

Los tres violines de Ruven Preuk

Svenja Leiber



«Extraordinaria escritora
y extraordinaria
novela: una joya.
Estoy fascinada.»

Rosa Regàs

«Un presente implacable
que primero asombra
y luego adquiere una
fuerza magnética de la
que es imposible escapar.»

Sandra Kegel, *Frankfurter
Allgemeine Zeitung*

Traducción
Richard Gross



Los tres violines de Ruven Preuk

Svenja Leiber

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

La autora agradece al Fondo Else Heiliger el apoyo prestado durante la elaboración de este libro.

Para K. D.

I. 1911-1917

Las mujeres cosechan ciruelas. Otro verano, un sol como óleo sobre lienzo y la ropa blanca extendida en el prado. Las mujeres arrancan frutos y llenan cestas. Hablan de Ruven, el hijo menor de Preuk el carretero. Desde la mañana está entre el campo y la alameda. No se mueve.

—¡Santo cielo! —dicen—. ¿Qué se puede esperar de alguien así?

Es agosto de 1911 y Ruven escucha alejado del pueblo. Atiende la cadencia que marcan la luz y los chopos: claro, oscuro, claro. En torno a él hierve la mies germana, protestante, muda de calor. Por fin descansa la avena madura y, en el silencio, un lalá, lalái ajeno, distante primero, luego más próximo. Ruven ladea la cabeza y cierra los ojos. Sus dedos se estremecen, la mano derecha sigue el compás, ese juego de luces y sombras; la izquierda va con el canto, lalá, lalái. Ahora incluso levanta los brazos, dirige una orquesta. Las mujeres apartan la vista y se enjugan el sudor de la frente. Ahí pasmado y gesticulando no irá a ninguna parte, piensan, así la cesta no se llena.

Remontan la alameda dos carromatos tirados por bestias exhaustas. Un hombre conduce el primero sosteniendo las riendas con una sola mano. Va recostado contra el toldo, como dormido. El otro lo lleva una mujer con falda y chaqueta roja; es ella quien canta. Por detrás desfila, un-dos, un-dos, una jauría de gamberros que también acechaba desde la mañana. La manda Fritz Dordel, cara de nutria y pantalón demasiado corto. Pasan con gran algarabía frente a Ruven, cual desfile de bultos oscuros que invadiese el camino. La mujer, rabia y triunfo, entona su canto zumbón, enseña los dientes y le asesta un latigazo a Fritz, ya medio encaramado a su carro. Ni una sombra de barba, pero toca

el ruedo de la falda. La mujer le propina una patada en el pecho con el pie descalzo y lo tumba de espaldas sobre la avena. El muchacho se levanta furioso y escolta los carros hasta el pueblo.

Ruven los acompaña con la mirada. Por fin han llegado. Los estaba esperando. Fritz, como siempre, quería que participase en el acecho, pero esta vez no tenía ganas. Es un día especial que sólo ocurre una vez al año. Ruven se dispone a ir tras ellos cuando por el vado, entre los matojos, aparece su padre con el carro; más vale que no lo pille cerca del Nutria. El joven se esconde detrás del chopo más cercano. El viejo Preuk no lo ve y sigue arreando al bayo sobre la blanda arena. El roce de la brida forma espuma en su piel. La carga repiquetea en la plataforma mientras el vehículo asciende por el ribazo. Nils Preuk se apea y empuja por detrás; una vez arriba vuelve a montarse sin advertir que su hijo ha subido de un salto. Sólo se vuelve cuando amaina el traqueteo y piensa que la carga se ha caído. Entonces lo ve ahí sentado, rubio como una coliflor, y lo oye decir:

—Han vuelto —visto y no visto se acomoda en el pescante junto a Nils.

—¿Quiénes?

—El músico y Sofie.

—El año pasado llegaron antes —señala Nils, y se queda un instante en silencio—. Esa Sofie, siempre de granja en granja. A todos les sorbía el seso con sus cancioncillas. Incluso a Röver. ¡Y aquellos ojos! Doble veneno —dice mirando al vacío.

Al granjero Röver se le trabó la mano en la manivela del pozo porque estaba escuchando una canción de Sofie. Después le llevaron cuatro de sus dedos al pastor, pero éste no sabía qué hacer con ellos y se los guardó en el bolsillo de la sotana para luego olvidar el asunto. Esa tarde, oficiando un bautizo, estuvo a punto de desmayarse cuando introdujo la mano izquierda en el bolsillo y se encontró de repente con aquellos apéndices fríos. Tras unos instantes adivinó la naturaleza de lo que estaba palpando mientras

con mirada transida y voz sincopada le hablaba a la madre del niño sobre el más allá luterano. Luego enterró los cuatro dedos en la tumba familiar de los Röver.

—La mujer no tiene límites —canturreaba durante el sepelio.

El aguardiente que le habían dado para reanimarlo seguía circulando sin freno por sus venas.

La carretería se halla detrás del pueblo. No es un edificio imponente, pero tampoco parece magra herencia esa casa de ladrillo con tierra de labor y un pozo en torno al cual trisca de sol a sol el chivo Atila. Por la magnitud de sus testículos se cree un reyezuelo. Derriba todo lo que anda erguido: toma carrerilla, da un par de brincos y arremete. Luego se queda quieto mirando a su víctima con expresión boba.

—Lo voy a capar —gruñe Nils cuando ha embestido contra él.

Pero al final siempre lo absuelve; suelta en la dehesa a ese cabrón con cuernos de doble rosca y renuncia a castrarlo como si de un pacto secreto se tratase.

Desengancha el caballo y descarga el carro. El taller huele a alquitrán. Nils se rasca la barba.

—Bueno, lárgate —le dice a Ruven, que lo mira con ojos suplicantes—. Pero no te olvides de llevarle los pichones a la señora Klunkenhöker.

La señora Klunkenhöker es la mujer más rica de la comarca y siempre tiene hambre de paloma. Todos en el pueblo quieren venderle algo, pero ella, por oscuras razones, prefiere los pichones del joven Preuk. El muchacho es guapo, dicen.

Ruven corre a la plaza. Enseguida olvida a la señora Klunkenhöker o la posterga: está viendo los dos carromatos de madera y aún recuerda cómo olía uno de ellos el año anterior. A dulce y a mujer, piensa, aunque nada entiende de esos misterios. Sólo una vez había traspasado la puerta de Sofie, ella lo atrajo con sus malas artes. Se quedó senta-

da, se rio, le ofreció pan con mermelada y dejó que viese una pantorrilla fugaz mientras los mozos del pueblo se agolpaban tras la ventana con Fritz Dordel encima de todos ellos. ¿Qué podría hacer con esa pierna?, se preguntó Ruven, y se puso casi tan colorado como la chaqueta de Sofie, prenda que, vista de cerca, tenía un aspecto muy deslucido.

Los carromatos permanecen a la sombra ligeramente esquinados; Joseph, el viejo violinista, ha espantado al Nutria y ha dado de comer a los ponis. Ahora se apoya en el roble, lugar que no le corresponde, fumando y contemplando la plaza. Tiene una trenza de pelo cano y pestañean sus ojos enrojecidos. Se cuenta que viene del Mar Negro o tal vez de Italia, en cualquier caso de muy lejos. A su lado está el granjero Jacobs, que representa allí al municipio y lo vigila todo con sumo rigor.

—Si no empedráis la calle pronto, me voy a América —dice Joseph, y escupe tabaco.

—Como quieras —replica Jacobs guardando el dinero del heno en un bolsillo—. Sabremos arreglárnoslas sin ti.

Lo dice con una sonrisa burlona; Joseph también tuerce el gesto y exhibe un diente de oro como si quisiera deslumbrar a Jacobs. Pero éste mira con desdén hacia los ponis y rezonga: a ver si alguna vez les das un pienso decente, avena, por ejemplo. Tal vez planea otro negocio, quizá algo similar al oro de aquel diente, pero Joseph lo ataja con un ademán de rechazo:

—Así están bien. Y si no, Satanás tirará de los carros. Sólo tenéis que empedrar la calle, entonces podré aparejar hasta una cabra —y dobla los índices formando dos cuernos.

Una cálida mirada le ilumina de pronto la cara. Ha descubierto al muchacho, que está ahí parado, y le indica que se aproxime. Ruven sonríe tímidamente. Se acerca a acariciar los ponis y les da suaves palmadas para quitarles el polvo del pelaje.

—¿Quieres entrar? —pregunta Joseph—. Ven, no tengas miedo —añade insinuando una reverencia.

Ruven se ruboriza porque piensa que ha de ver otra vez la pantorrilla de Sofie, pero Joseph no es de éstos, el diente se lo ganó de otra manera: ablandando y moldeando a las gentes con su pericia hasta lograr que ansiaran cubrirlo de oro, o al menos eso cuenta. La llave, sujeta a una cinta, gira en el aire con un zumbido y el viejo hace señas para que Ruven vaya tras él.

El interior del carro está en penumbra.

—Cierra los ojos —dice Joseph, y toma de un estante una chistera que en realidad no lo es, pero él le da ese nombre cuando ordena a Sofie que la cepille.

—¿Qué tiene ahí? —pregunta Ruven, y aprieta los párpados, o al menos lo intenta.

—¿Qué será? —susurra Joseph antes de añadir—: ¡Abre los ojos! —Ruven no distingue bien el objeto a pesar de su fulgor rojo y dorado; Joseph lo saca del sombrero con un floreo de la mano—. ¡Un violín! —se lo coloca sobre el hombro y empieza a tocar; luego se lo tiende a Ruven—. ¡Ahora tú!

Pero Ruven no sabe hacerlo: retrocede dos pasos y avanza otros dos; de hecho le apetece, piensa. Toma el instrumento, el arco con la derecha, y rasga una cuerda.

—Tocas como cagan las vacas—dice Jacobs, que está apoyado contra la ventana.

Ruven se vuelve bruscamente y lo fulmina con la mirada.

—¡Eh, tú! —Joseph amenaza a Jacobs con el sombrero y apremia a Ruven—: ¡Sigue tocando!

Poco a poco va saliendo una especie de chillido, menos es nada; mejor, en todo caso, que la boñiga de vaca; luego la melodía por fin se va acompasando e incluso adquiere un asomo de belleza.

—Ya lo decía yo —Joseph lo observa con cariño—. Se veía de lejos.

Después murmura:

—¡También veo los sonidos! —se arrima a Ruven—. Espíritu infernal, pregunto, ¿qué me estás haciendo? ¡Cuando toco veo azules y verdes y amarillos! Se elevan desde este violín, ¡como el humo! Y pienso: tienes una calentura, Jose-

ph, eso nadie lo va a creer. ¡Estás delirando! —con aire pensativo se pasa la mano por el pelo hasta llegar a la trenza y mira a Ruven.

—Yo lo creo —dice éste en voz baja y, con mano temblorosa, devuelve el violín a la chistera que Joseph le pone a un palmo de la nariz.

—Muy bien —dice el músico—, y ahora *bye, bye*, vuelve mañana que hoy estoy muy cansado. Aún me aguarda la noche —abre la puerta del carromato—. ¡Lárgate ya! Y dile a tu padre que necesito una rueda nueva. La última no duró mucho.

Ruven se marcha. Corre por detrás de las granjas, pegado al campo, y se dispone a deslizarse entre los setos cuando ve a sus palomas alzar el vuelo en el tejado como si olieran el peligro.

—No os llevaré a casa de la señora Klunkenhöker —masculla—, los pichones del barón son mucho mejores para ésa, que se da tantos aires —se encamina al establo y coge su tirachinas—. Os puede esperar sentada.

En efecto, la señora Klunkenhöker siempre está esperando. Nadie sabe de dónde saca los cuartos. Quizá tenga un duende en el arca o un geniecillo cualquiera, dice la gente, porque nunca le falta dinero y compra y encarga, razón por la cual mamá Preuk le envía cinco pichones con su hijo cada dos semanas. Las monedas van derechas al cofre y, por supuesto, la madre concibe la vaga ilusión de que algún día le llegue el tálero dotado de ese poder invisible, porque entonces sólo tendrá que cerrar la tapa para que el espíritu del dinero no pueda escapar jamás.

Avanza deprisa y ya ha recorrido un buen trecho. Va cantando en voz baja «la» y «si», sonidos que ya no se puede quitar de la cabeza. Tiene que cazar las palomas del barón antes de que se duerman, cuando descansan de su eterno revuelo posadas a centenares sobre las cornisas de las casas donde viven los trabajadores de la finca. Ruven debe pasar por allí de camino a la casa de la señora Klunkenhöker. Simplemente las agarra, algo tan fácil como recoger ciruelas, y luego las entrega sin tardanza y sin pala-

bras. Si alguna vez hay por ahí demasiados hombres que pudiesen extrañarse por la recolección de palomas señoriales, se adentra en el bosque y derriba las torcaces que anidan sobre las copas de los tilos.

—La próxima vez tráeme más de éstas —dice la desprevenida señora cuando Ruven le lleva las palomas torcaces—, las gordas de patas azules son particularmente buenas.

Luego lo contempla un rato, de arriba abajo, empezando por el pelo rubio claro y siguiendo por la cara, donde hay dos ojos casi transparentes y un lunar negro sobre la boca. Entonces la señora Klunkenhöker resopla por la nariz con un silbido y sus ojos continúan su periplo por el angosto pecho del chiquillo, el pantalón corto y las piernas, tiasas como palos, hasta terminar en los pies descalzos. Luego se santigua, la señora es católica, y manda a Ruven a casa. Los pájaros muertos se balancean colgados boca abajo junto a su falda.

Llegado a casa, Ruven se sienta bajo la ventana y aguza el oído para saber cómo andan las cosas. Las cosas suelen andar mal. Mamá Preuk y Gesche, su pupila, pocas veces están de acuerdo. Gesche tiene ya diecisiete años, sabe lo que quiere y, sobre todo, lo que no quiere.

—Todo el día refunfuñando. Pareces un martillo pilón, dale que dale —dice la madre—. Pon la olla y siéntate.

Se quita el delantal, alarga el cucharón a su marido y le hace a John, su hijo mayor, una tranquilizadora señal con la cabeza. Sabe el apego que le tiene a Gesche, pero ésta sigue renegando y no se sienta.

Nils Preuk deja el cucharón para levantarse tan despacio y con un aire tan conminatorio que mamá Preuk se abisma en pensamientos.

—¡Se-ño-ri-ta! —exclama Nils.

Gesche acaba sentándose, agacha la cabeza y llora. Querría acompañar a Werner, el criado, a oír la música en el pueblo, y Werner pensará ahora que ella prefiere ir con otro. La espalda de Gesche se agita con los sollozos, y se agita la trenza, pesada como una soga y tan larga que podría sentarse encima.

—No debes preocuparte de lo que piense Werner —dice mamá Preuk, y agrega un «amén».

Nils se reacomoda en silencio sobre su silla y come un plato. Luego otro.

—Werner no piensa —dice; luego pregunta—: Y el muchacho, ¿dónde anda?

Gesche, aunque aún presa del llanto, vuelve a la carga:

—Está con los músicos. Más vale que tengáis cuidado porque el día menos pensado se os va con ellos.

—¡Qué se va a ir con ellos! —Nils se levanta de nuevo y se dirige a la puerta, ahora sí un poco inquieto, en busca de Ruven.

Mamá Preuk menea la cabeza:

—Siempre te vas de la mesa como una exhalación. No puedo comer tan rápido, y mira que lo hago a mataballo. Gesche, guarda algo caliente para el muchacho y llévale comida a Werner, que está en su cuarto.

—A Werner no le llevo nada —dice Gesche recogiendo la mesa.

Greta Preuk alza la mano, pero no descarga el golpe porque su John pone una cara melancólica y porque en el fondo también quiere a Gesche, que vive desde pequeña en la carretería. Su padre, el ladrillero, cayó muerto un buen día, así, sin más. «Fue un mal de ojo —decía la gente, siempre más larga con la lengua que con la mollera—, esas miradas...», y callaban para que el silencio rematara el poder de la sentencia.

El ladrillero, era bien sabido, se había liado con la Urraca. La llamaban así no sólo por su pelo negro y los dos mechones nevados que le pendían sobre la frente. «Es una ladrona —se decía—, y tiene con su padre un... pues eso...», el resto se explicaba con los dedos.

La Urraca vivía con su padre junto al bosque. No eran de allí y se marcharon nada más ocurrir el deplorable suceso del ladrillero. Fueron sospechosos de principio a fin y por los cuatro costados. La gente hundió las manos en el lodo como el tahonero en la masa de pan. Casi lo logran. A punto estuvieron de conseguir que así fueran olvidados algu-

nos pecadillos cometidos por ellos mismos a lo largo y ancho de sus vidas. Cuando partió la Urraca, el pueblo entero se sentía como más limpio y más piadoso; todo habría acabado bien si la mujer del ladrillero no hubiese perdido el juicio por pensar que su marido siempre había estado primero con esa pájara y luego con ella. Inconsolable en su pena, se arrancó todo el pelo de la frente, justo donde la Urraca exponía su blancura.

—Deja ese pelo —le dijo entonces mamá Preuk—, ¿qué culpa tiene el pelo? —y la contempló con ojos inclementes, aunque por dentro su inclemencia era escasa.

Pero la desdichada siguió tirándose del pelo: ya no quería vivir y terminó por trepar al roble del pueblo, cada vez más alto, palmo a palmo, para probar el último vuelo. De modo que Gesche quedó sola y se fue con mamá Preuk. Eso fue bueno pero también un poco duro, pues mamá Preuk es ambas cosas a la vez.

—Culpa del tiempo —dice de sí misma—, el verano es bueno, pero el invierno es como es —y baja la mano porque Ruven entra entonces en la cocina y pone el dinero de la señora Klunkehöcker sobre la mesa sin despegar los labios.

—Es un niño especial —Greta Preuk le susurró una noche a su Nils—. Tiene que aprender un oficio como Dios manda, me lo ha dicho el bastón.

Greta Preuk ha heredado un bastón sabio que no se deja quemar ni romper; de cuando en cuando emprende viajes secretos con él para conocer verdades como puños que de lo contrario permanecerían ocultas. Pero Nils sólo le respondió:

—Estudiará la primaria y después aprenderá a hacer ruedas con John. Y lo que piensa tu bastón me importa un bledo.

Luego se volvió hacia la pared. Su indiferencia, sin embargo, no era tal, pues al día siguiente llamó a Ruven, lo agarró por la nuca casi con dulzura y estuvo un rato paseando con él. Al verlo, Greta Preuk tocó madera y salió al jardín para respirar hondo.

—¿Vamos a ver, qué pretendes con Werner? —le pregunta ahora a Gesche—. Ése no puede bailar, ¿o acaso tú serías capaz de lavar la ropa con un solo brazo?

Lo dice en tono amable para que Gesche se calme. Es posible que Werner se haya fastidiado el brazo para siempre. Estaba borracho cuando lo metió en la fragua; la herrería apestaba a cuero, tan chamuscado le quedó. Todos pensaron que se le pondría bien, pero de eso nada; es más, rezumaba pus. Entonces mamá Preuk mandó a Gesche a buscar consuelda y milenrama; luego empezó a pasarle el bastón por el brazo entre conjuros ininteligibles, de modo que Werner casi se estremecía cuando estaba a solas con ella.

—Hoy no hay baile, así de claro—dice Nils cerca de la puerta—, y si se atreve a salir se ganará una buena tunda. Al criado lo necesitamos aquí.

—Pero la música sólo está hoy, ¡una vez al año! Y van todos —suelta Gesche, y se echa a llorar de nuevo.

—Entonces vete con John o con Ruven —dice mamá Preuk, pero se da cuenta de que eso no cuadra.

Ruven piensa lo mismo: no con Gesche. Ir sí quiero ir, y sacude la cabeza, donde un diminuto violín danza alegremente. Ya no tiene remedio, jamás saldrá de esa celda. Lo tiene tan embutido en el cráneo como la bala que el granjero Jacobs lleva incrustada en el fémur desde la batida de 1905.

—¿Acaso parezco un jabalí? —gritó ese día.

Y es verdad que no lo parece, pero se tomó tan a pecho que lo confundiesen con un puerco montés que de su boca ya no salen más que porquerías, sobre todo cuando sopla del este y la bala del hueso le relata historias.

—Es de las que deambulan—dice el pastor cada vez que oye los juramentos de Jacobs—, hay objetos que vagan por el cuerpo cuando la boca suelta demasiadas inmundicias. Llegará hasta el corazón como atraída por un imán y entonces estirará la pata.

Ruven come en silencio.

—¿El gato te ha mordido la lengua? —le pregunta su madre.

Ruven no contesta. Un mirlo canta fuera, en el seto, y otro responde desde lo alto del tejado; en medio se oye al chivo, que está junto a la verja. Su impúdico balido azora a Gesche, que coge un plato para llevarlo al cuarto de Werner. Se diría que la noche le resulta amena pese a la falta de música y baile. Ella misma entona un compás de tres por cuatro emitiendo hermosos gorgoritos que atraviesan el crepúsculo y que todos oyen porque Werner ha dejado la ventana entornada.

Ruven sigue sin abrir la boca. Golpea el vaso con el tenedor y cierra los ojos, pero los ojos son extraños al asunto. Más bien ve los colores con los oídos. Hasta ese momento no había atisbado las nubes y figuras que los colores del sonido van plasmando ante él. Sólo cuando Joseph le habló de ello comenzó a sospechar que no es así todos los días, que también existen notas incoloras y que hay motivo para alarmarse si, nada más comenzar a cantar una moza o un mirlo, apenas el tenedor tintinea en el vaso, uno se ve envuelto por un abigarrado torbellino de pasos danzarines. Y torbellino es lo que más tarde experimenta mientras los murciélagos revolotean rozando las cabezas. Se halla con John y sus padres en la parte más retirada de la plaza donde Joseph está tocando. No menos tenso que su arco, el violinista curva la espalda y balancea el violín como si la música estuviera obligada a desplomarse sobre el instrumento. Y Sofie va girando con tal éxtasis de tacones y caderas que los hombres se calan los sombreros para esconder sus ojos en la oscuridad. Nils Preuk se aparta.

—Me altera demasiado —dice—, luego no podré dormir. ¿Quién va a querer dormir después de esto?, piensa Ruven viendo cómo su padre se aleja. Nunca más querré dormir si a cambio aprendo a tocar el violín.

Hace fresco a la mañana siguiente cuando Ruven corre hacia la plaza. Al asomar por debajo del saúco le arrea a Atila un bastonazo entre los cuernos.

—Lárgate —le dice, y al instante se avergüenza porque Atila huye despavorido.

Desde lejos ya ve los carromatos con las puertas cerradas y las cortinas corridas. Sólo una de las chimeneas despide humo. Joseph está preparando café de bellota. Para darle una alegría se le regala torrefacto del auténtico, pero los campesinos son cicateros. En realidad lo odian porque no es de allí y echa las cartas y por arte de birlibirloque se saca de la manga el futuro de la gente. ¡Además está el espeluznante teatro de sombras! El hombre, por otro lado, tiene historias que contar, compra heno y otras hierbas y sabe hacer música, eso lo oye cualquiera. Joseph pasea la taza por debajo de su nariz y la mira con un mirar razonablemente satisfecho. Abre la cortina y ve al muchacho.

—¿Quieres café? —grita desde la puerta.

Ruven dice que no con la cabeza y se saca de la camisa una botella que contiene savia de abedul. Lleva días extra-yéndola en las copas de los árboles, donde ninguna cara de nutria ve las botellas colgadas. La savia de abedul vale lo suyo, es traslúcida y muy dulce. Joseph sonrío contento. Toma la botella, la gira y asiente:

—He comprendido. Cógelo, pues —señala hacia atrás, hacia el estante donde descansa el sombrero boca arriba—. Pero no me rompas ni una sola cuerda porque te mando adonde asan las manos.

No tenía por qué decirlo. En cien años ningunas manos han tocado un violín con tanta delicadeza como lo hacen ahora las del muchacho. «¿De dónde salen esas manos? ¿Será que te ha montado una liebre? ¡Qué manitas! —exclama a veces Nils—. ¿Cómo van a agarrar un martillo? ¿O es que se las untas en secreto, madraza?» Entonces Greta se ríe, tanto que le tiemblan los senos bajo el vestido: a Nils no le falta razón, ya le gustaría a ella.

—Escucho —dice Joseph ahuecando una mano detrás de la oreja—. Adelante, que ella te va a enseñar dónde quiere tener tus dedos —se reclina acariciándose el pelo y sonrío con gesto fatigado—. Indecencias —añade—, es la edad, cosas que te cruzan la mente como las estrellas fuga-